

rales en 5 de mayo de 1789. Durante estos dos años no vivimos constantemente mis hermanas y yo ni en París ni en el mismo punto de París. Voy ahora á retroceder y llevar á mis lectores á Bretaña.

Diré entre tanto que continuaba entregado á mis ilusiones; si me faltaban mis bosques, los tiempos pasados formaban para mí otra soledad que reemplazaba á la de los sitios retirados. En el París antiguo, en el recinto de San Germain de los Prados, en los claustros de los conventos, en el panteon de San Dionisio, en la Santa Capilla, en Nuestra Señora, en las callejuelas de la *Cité* y en la oscura puerta de Eloisa, hallaba yo á mi encantadora; pero bajo aquellos arcos góticos y en medio de aquellas tumbas había tomado su rostro un matiz cadavérico, estaba pálida, me miraba tristemente, y no era en suma mas que el espectro ó los manes del ensueño á quien había yo consagrado mi cariño.

París setiembre de 1821.

Revisado en diciembre de 1846.

PRIMEROS MOVIMIENTOS POLÍTICOS EN BRETAÑA.—OJEADA SOBRE LA HISTORIA DE LA MONARQUÍA.

En las diferentes veces que estuve en Bretaña en los años de 1787 y 1788, di principio á mi educacion política. Los Estados de provincia venian á ser una especie de modelo de los Estados Generales, y así es que los disturbios particulares que anunciaron los de la nacion estallaron en los países que tenian Estados; á saber: la Bretaña y el Delfinado.

La transformacion, que empezó á inaugurarse doscientos años hacia, tocaba ya á su término. La Francia, que había pasado de la monarquía feudal á la de los Estados Generales, de la monarquía de los Estados Generales á la de los parlamentos, y de la monarquía de los parlamentos á la monarquía absoluta, tenía tendencia hácia la monarquía representativa en medio de la lucha de la magistratura contra el poder real.

El parlamento Maupeou, el establecimiento de las asambleas provinciales, con voto personal, la primera y segunda asamblea de los notables, la sesion plena, la creacion de los grandes bailíos, la reintegracion civil de los protestantes, la abolicion parcial del tormento y la de las antiguas pechas, y de la reparticion igual para el pago de impuestos, eran otras tantas pruebas sucesivas de la revolucion que se iba verificando poco á poco. Pero entonces no se atendia al conjunto de los hechos; cada suceso se interpretaba como un accidente aislado. En todas las épocas históricas existe un principio esencial. Cuando no se fija la vista mas que sobre un punto, no se perciben los rayos convergentes hácia el centro de los otros; no se eleva hasta el agente oculto que produce la vida y el movimiento general, como el agua ó el fuego en las máquinas: por eso hay tantas personas que, al empezar las revoluciones, creen que basta romper tal ó cual rueda para impedir el desbordamiento del torrente ó la explosion del vapor.

El siglo xviii, ese siglo de accion intelectual y no de accion material, no hubiera conseguido cambiar tan pronto sus leyes si no hubiera encontrado su vehículo; los parlamentos, y el de París especialmente, vinieron á ser los instrumentos principales del sistema filosófico. Toda opinion muere, por falta de fuerza ó por exceso de su vigor, si no llega á ser acogida favorablemente por una asamblea que la revista de poder, que la vigorice con una voluntad, y que la preste lengua y brazos para expresarla. Este ha sido y será siempre el camino por donde han llegado y llegarán á las revoluciones los cuerpos legales ó delegados.

Los parlamentos tenían que vengar su propia causa: la monarquía absoluta les había arrebatado una autoridad, usurpada por la misma á los Estados Generales. El alistamiento forzoso, las grandes reuniones del parlamento presididas por el rey, y los destierros, al propio tiempo que popularizaban á los magistrados, los impelían á pedir garantías liberales, de las cuales no eran partidarios en el fondo; reclamaban los Estados Generales por no atreverse á confesar que anhelaban para sí mismos el poder legislativo y político: de esta manera aceleraban la resurreccion de un cuerpo cuya herencia habían recogido, y el cual los reduciría, en el momento que recobrarse la existencia, á su propia especialidad: el ramo de justicia. Los hombres se engañan casi siempre acerca de sus verdaderos intereses cuando tratan de promoverlos únicamente por prudencia ó por pasion: Luis XVI restableció los parlamentos, á los cuales le obligaron á llamar los Estados Generales: los Estados Generales, transformados primero en Asamblea nacional y muy poco despues en Convencion, destruyeron el trono y los parlamentos, y enviaron al patibulo á los jueces y al monarca de quien emanaba la justicia. Pero Luis XVI y los parlamentos obraron de este modo porque eran, sin saberlo, instrumentos de una revolucion social.

La idea, pues, de los Estados Generales bullia en todas las cabezas, si bien conocian muy pocos á donde iba á parar. La cuestion para la generalidad se reducía únicamente á llenar un *déficit* que el banquero mas pobre de los de esta época se comprometería á hacer desaparecer. Un remedio tan violento aplicado á un mal de tan corta entidad prueba que se caminaba hácia unas regiones políticas desconocidas. En el año de 1786, el único de aquella época cuyo estado financiero conocemos, el presupuesto de ingresos ascendía á cuatrocientos doce millones novecientos veinte y cuatro mil libras, y los gastos á quinientos noventa y tres millones quinientas cuarenta y dos mil libras; resulta, pues, un déficit de ciento ochenta millones seiscientos diez y ocho mil libras, que quedó reducido á ciento cuarenta millones, porque se hizo una economia de cuarenta millones, seiscientos diez y ocho mil libras. En este presupuesto se asignaba á la casa real la enorme suma de treinta y siete millones doscientas mil libras: las deudas de los príncipes, las dilapidaciones de la corte y las adquisiciones de palacios eran la causa principal de este recargo.

Queriase dar á los Estados Generales las mismas formas que tenían en 1614. Los historiadores hablan siempre de aquellas formas como si no se hubiese oido hablar desde 1814 de los Estados Generales ni reclamado su convocatoria. En 1631, sin embargo, los brazos de la nobleza y del clero, reunidos en París, pidieron los Estados Generales. Existe una gruesa coleccion de las actas y de los discursos pronunciados en aquella época. El parlamento de París, omnipotente en aquella época, lejos de secundar las pretensiones de las órdenes del clero y la nobleza, disolvió sus reuniones como ilegales, y lo eran en efecto.

Y ya que de esto voy hablando, quiero consignar otro hecho grave, el cual se ha escapado á los que se han empeñado en escribir la historia de Francia sin saberla. Háblase de las *tres órdenes* como si fueran ellas las que constituian esencialmente los Estados llamados generales. ¡Pues bien! muchas veces sucedía que los bailíos no nombraban diputados sino de una ó dos órdenes. En 1614 el bailío de Amboise no nombró diputados del brazo del clero ni del de la nobleza: el de Chateaufort-en-Thimerais no envió los suyos del clero y del estado llano: el Puy, la Rochela, el Lauraguais, Calais, la Haute-Marche y Chateaufort no nombraron el del clero, y Montdidier y Roye el de la nobleza. Los Estados de 1614 se llamaron, sin embargo, *Estados Generales*. Las antiguas crónicas, expresándose de una manera mucho mas

correcta, dicen, cuando hablan de nuestras asambleas nacionales, *los tres estados, ó los notables del estado llano, ó los barones y los obispos*, según sea el caso, y atribuyen á las asambleas, formadas de aquel modo, la misma autoridad legislativa. Aun cuando el estado llano solia hallarse convocado frecuentemente en las diversas provincias, no funcionaba por una razon desconocida por la generalidad, pero muy natural sin embargo. El estado llano se había apoderado de la magistratura, y había echado fuera á la gente de espada: actuaba de una manera absoluta, exceptuando en algunos parlamentos nobles, como juez, como abogado, como escribano, como procurador etc.; hacia las leyes civiles y criminales, usurpando las atribuciones parlamentarias, y hasta ejercía el poder político. La fortuna, el honor y la vida de los ciudadanos se hallaban á discrecion suya; todos obedecian sus decretos, y todas las cabezas estaban sometidas al filo de la espada de su justicia. De consiguiente, ¿qué necesidad tenía, gozando como gozaba exclusivamente de un poder ilimitado, de ir á buscar una pequeña parte de ese mismo poder é las asambleas, ante las cuales tenía que presentarse poco menos que de rodillas?

El pueblo, metamorfoseado en monje, se había refugiado en los claustros, y gobernaba la sociedad por medio de la opinion religiosa; metamorfoseado en recaudador y banquero, se refugió en la hacienda, y gobernaba la sociedad por medio del dinero; metamorfoseado en magistrado, se refugió en los tribunales, y gobernaba la sociedad por medio de la ley. El gran reino de Francia, aristocrático por provincias, era democrático en su conjunto, y bajo la direccion de su rey, con el cual se entendía y estaba casi siempre de acuerdo. Así se explica su larga existencia. Todavía se pudiera hacer una historia de Francia completamente nueva, ó por mejor decir, todavía no está hecha la historia de Francia.

Las importantes cuestiones arriba mencionadas se debatieron principalmente durante los años 1786, 1787 y 1788. La viveza natural de mis compatriotas, los privilegios de su provincia, de su clero y de su nobleza, y las colisiones del parlamento y de los Estados, eran motivos mas que suficientes para mantenerles en una constante sobreexcitacion. Mr. de Calonne, que fue intendente de Bretaña durante un corto espacio de tiempo, aumentó la division favoreciendo la causa del estado llano. Mr. de Montmorin y Mr. de Thiard eran agentes demasiado ineficaces para hacer que triunfara el partido de la corte. La nobleza se coligaba con el parlamento, que era noble tambien, y tan pronto resistía á Mr. Necker, á Mr. de Calonne y al arzobispo de Sens, como repelia el movimiento popular favorecido por su anterior resistencia. Reuniase, deliberaba y protestaba; pero las municipalidades se reunian, deliberaban y protestaban tambien en sentido contrario. El asunto particular del *fogage*, mezclado despues con los negocios públicos, acrecentó las enemistades. Para comprender bien esto, se hace necesario explicar la constitucion del ducado de Bretaña.

París setiembre de 1821.

CONSTITUCION DE LOS ESTADOS DE BRETAÑA.—SU CELEBRACION.

La forma de los Estados de Bretaña ha sufrido mas de una variacion, como la de todos los de Europa, con los cuales tienen semejanza. Los primitivos derechos de los duques de Bretaña pasaron posteriormente á los reyes de Francia. El contrato matrimonial de la duquesa Ana, firmado en 1491, no solo le hizo que

la Bretaña se incorporase á la corona de Carlos VIII y de Luis XII, sino que tambien estipuló una transaccion, en virtud de la cual terminaron las diferencias que existian desde los tiempos de Carlos de Blois y del conde de Monfort. Sostenia la Bretaña que las hembras eran aptas para heredar el ducado, al paso que la Francia alegaba que la sucesion únicamente podia tener lugar en la línea masculina, y que extinguiéndose esta, debía volver á incorporarse la Bretaña á la corona, como gran feudo suyo. Carlos VIII, juntamente con Ana, y esta en union con Luis XII, se cedieron mutuamente sus derechos ó pretensiones. Claudia, hija de estos últimos, y esposa de Francisco I, legó al morir el ducado de Bretaña á su marido. Accediendo este á la peticion de los Estados reunidos en Vannes, reunió, por un edicto publicado en Nantes en 1532, el mismo ducado á la corona de Francia, afianzándoles sus libertades y privilegios.

En aquella época los Estados de Bretaña se reunian anualmente; pero desde 1730 no se verificaba la convocatoria mas que de dos en dos años, siendo de las atribuciones del gobernador el proclamar la apertura. Las tres órdenes se reunian en una iglesia, ó en las salas capitulares de los conventos, si había proporcion. Cada una de estas tres órdenes deliberaba aparte una de otra; eran tres asambleas particulares que movian en su seno parciales tormentas, las cuales se convertian en un huracan general cuando llegaban á reunirse el clero, la nobleza y el estado llano. La corte atizaba la discordia, y los talentos, las vanidades y las ambiciones se ponian en juego en aquel estrecho recinto, lo mismo que en un teatro de mas vastos límites.

El P. Gregorio de Rostrenen, de la orden de capuchinos, habla del siguiente modo á nuestros señores de los Estados de Bretaña en la dedicatoria de su *Diccionario francés-breton*:

«Si no era posible á ninguno mas que al orador romano el elogiar dignamente la augusta asamblea del Senado de Roma, ¿por qué no ha de serlo para mí el atreverme á elogiar vuestra augusta asamblea, que nos hace ver de una manera tan digna lo que tenían de magestuoso y respetable la antigua y la moderna Roma?»

Rostrenen prueba que el idioma céltico es uno de los idiomas primitivos que trajo á Europa Gomer, primogénito de Japhet, y que los hijos de la Baja Bretaña, á pesar de su pequeña estatura, descienden de gigantes. Desgraciadamente los hijos bretones de Gomer, separados por espacio de mucho tiempo de la Francia, han dejado perecer una gran parte de sus viejos títulos; sus cartas geográficas, á las cuales no conceden una gran importancia, porque los confunden con la historia general, carecen las mas veces de esa autenticidad cuyo precio suelen hacer subir demasiado los descifradores de diplomas.

La época de la celebracion de los Estados en Bretaña era época de bailes y diversiones; dábanse banquetes, en los cuales se comía y bebía de lo lindo en las casas del gobernador, del presidente de la nobleza, del presidente del clero, del tesorero de los Estados, del presidente del parlamento, y en las casas, en fin, de todas las personas notables. Veíanse sentados alrededor de las largas mesas de refectorio los Duguesclin labradores, y los Duguay-Trouin marineros, de cuyos cinturones pendía una férrea espada y una daga de abordaje. Todos aquellos hidalgos, que asistian en persona á los Estados de Bretaña, tenían algunos puntos de contacto con la Dieta de Polonia; es decir, con la Polonia de á pié, no con la Polonia caballeresca; Dieta de escitas, no de sármatas.

Desgraciadamente eran excesivas las diversiones, y los bailes se repetian sin intermitencia. Los bretones son notables por sus danzas y por el carácter especial de las mismas. Mad. de Sevigné ha dicho de nuestras

francachelas políticas en medio de nuestros incultos arenales, que eran como aquellos festines de las hechiceras ó de las brujas, que tenían lugar por la noche entre la espesura de los matorrales.

«Tendréis que sufrir, decía, que os dé noticias de nuestros estados, ya que tenéis el trabajo de ser bretona. Mr. de Chaulnes llegó el domingo por la noche con el mismo estrépito que se pudiera hacer en una aldea: el lunes por la mañana me escribió una carta, y yo le contesté que iría á comer con él. La comida se sirvió en dos mesas, situadas una enfrente de otra, y de catorce cubiertos cada una; *Monsieur* (el hermano del rey) y su esposa las presiden. La comida es buena y abundante; los asados vuelven á salir intactos de las mesas, y es preciso ensanchar las puertas para poder introducir la pirámides de frutas. Nuestros padres no conocían esta especie de máquinas, pues que no comprendían tampoco que una puerta tuviese que ser, mas alta que ellos.... Después de comer MM. de Lomaria y Coetlogon bailaron con dos bretonas algunos minués y otra clase de danzas, con tanta perfeccion como pudieran hacerlo los cortesanos. Ejecutaron varios pasos bohemios y de la Baja Bretaña con una finura y una exactitud admirables... Esto es vivir en una continua diversion, y gozando noche y dia de una libertad que atrae á todo el mundo. Yo no habia visto nunca los estados: son una cosa magnífica. En mi concepto es muy difícil que haya una provincia que se parezca á la de Bretaña, cuyo carácter sea tan espléndido; debe estar además muy poblada, porque ni uno siquiera de sus habitantes se encuentra en la guerra ni en la corte; solo falta cierto alfilerico (Mr. de Sevigné, hijo), el cual llegará tal vez á ser algun dia lo mismo que los demás... Una infinidad de presentes, de pensiones, de reparaciones de caminos y de ciudades, quince ó veinte grandes banquetes, diversiones continuas, bailes eternos, comedias tres veces á la semana, y un gran bullicio por todas partes, constituyen la verdadera descripcion de los estados. Olvidábase decir que se gastan mientras duran trescientas ó cuatrocientas pipas de vino.»

Los bretones no se avienen de modo alguno á perdonar sus burlas á Mad. de Sevigné. Yo soy menos riguroso; pero no me gusta que se diga: «Veo que me habláis con asaz buen humor de nuestras miserias, pues nosotros no somos tan depravados; uno solo de nosotros basta cada ocho dias para entretener á la justicia; verdad es que la escarpia me parece ahora un refresco.» Esto es llevar demasiado lejos el lenguaje cortesano. Barrere hablaba con la misma gracia de la guillotina. En 1793 se llamaba *casamientos republicanos* al acto horrible de arrojar al agua las víctimas de Nantes: el despotismo popular reproducia la amenidad de estilo del despotismo real.

Los fatuos de París, que iban acompañando en los Estados á la gente de la curia, contaban que nosotros mandábamos ferrar nuestros bolsillos de hojadelata para llevar á nuestras mujeres la salsa de los platos del señor gobernador. Estas bromas, sin embargo, solian salir á algunos demasiado caras. Cierta conde de Sabran quedó muerto en el sitio donde se hallaba sentado por haberse permitido estas pesadas bromas. Este descendiente de los trovadores y de los reyes provenzales, alto y fornido como un suizo, se dejó matar por un cazadorcillo del Morbihan que escasamente tendria la estatura de un japon. Este *Ker* contaba una genealogía tan noble como la de su adversario, puesto que si Saint-Elzear de Sabran era próximo pariente de San Luis, San Coentin, tío del muy noble *Ker*, era obispo de Quimper bajo el reinado del rey Gallon II, trescientos años antes de Jesucristo.

RENTA DEL REY EN BRETAÑA.—RENTA PARTICULAR DE LA PROVINCIA.—EL FOGAGE.—ASISTO POR PRIMERA VEZ Á UNA REUNION POLITICA.—ESCENA.

Las rentas del rey en Bretaña consistian en un donativo voluntario, que variaba segun sus necesidades, en los productos del dominio de la corona, que podian evaluarse de tres á cuatro mil francos, y en los del timbre, etc.

La Bretaña tenia sus rentas particulares, con las cuales atendia á satisfacer sus cargas: la *alcabala grande y pequeña*, que gravitaba sobre los líquidos y sobre su extraccion, y que ascendia á dos millones anuales, y las sumas, en fin, que rendia el impuesto *fogage*. La importancia de esta pecha consta terminantemente en nuestra historia; sin embargo, fue para la revolucion de Francia lo que el sello ó el timbre para los Estados-Unidos.

El *fogage* (*census pro singulis focus exactus*) era un censo ó una especie de pecha que se exigia por cada chimenea sobre los bienes de los pecheros, con el *fogage*, gradualmente aumentado, se pagaban las deudas de la provincia. En tiempo de guerra los gastos ascendian á mas de siete millones de una sesion á otra, cuya suma pasaba de la recaudacion. Habíase concebido el proyecto de crear un capital de los productos del *fogage*, y de emplearlo en rentas que resultaran en provecho de los que pagaban esta carga; el *fogage* entonces no hubiera sido mas que una especie de empréstito. La injusticia (si bien injusticia legal, ascendiendo al derecho consuetudinario) estriba en que esta carga gravitase únicamente sobre la clase pechera. Las municipalidades no cesaban de reclamar y la nobleza, á quien importaba menos el dinero que la conservacion de sus privilegios, no queria oír hablar siquiera de un impuesto que la hubiera hecho tributaria. En este estado se hallaba la cuestion, cuando se reunieron los sangrientos estados de Bretaña del mes de diciembre de 1768.

Los espíritus se hallaban agitados entonces por diversas causas: la asamblea de los Notables, la contribucion territorial, el comercio de granos, la próxima reorganizacion de los estados Generales, el pleno tribunal y el *casamiento de Figaro*, la creacion de los grandes Bailios, Cagliostro y Mesmer, y otros mil incidentes fútiles y graves, eran objeto de controversia en todas las familias. La nobleza bretona se habia convocado de su propia autoridad en Rennes para protestar contra el establecimiento del pleno tribunal: yo asistí á esta dieta, la cual fue la primera reunion política en que me hallé en mi vida. Los gritos y el barullo que reinaban en ella me aturdiaban, al paso que me divertian bastante: subíanse sobre las mesas y sobre los asientos, y muchas veces gesticulaban y hablaban todos á la vez. El marqués de Tremargat, que tenia una pierna de madera, decía con voz estentórea:—«Corramos todos á casa del gobernador, Mr. de Thiard, y digámosle: la nobleza bretona se halla á vuestras puertas y quiere hablaros: el rey mismo no se atreveria á rehusarle su permiso.» Este rasgo de elocuencia arrancó tantos bravos, que retemblaban las bóvedas de la sala.—«Si, señores, proseguia Tremargat: ¡el mismo rey no lo rehusaria!» Y los aplausos volvian á repetirse con mas fuerza.

Partimos, pues, con direccion á casa de Mr. Thiard, hombre de corte, poeta exótico, espíritu dulce á la par de frívolo, y á quien causaban un cruel hastío nuestros alborotos; mirábanos como si fuéramos unos jabalies ó unas bestias salvajes; deseaba ardientemente salir de nuestra Armórica, y no manifestó oposicion alguna á que entráramos en su palacio. Nuestro orador le dijo cuanto le vino á las mientes, y en seguida se extendió á presencia nuestra la siguiente

declaracion: «Declaramos infames á todos aquellos que acepten cualquier empleo, sea en la moderna administracion de justicia, sea en la de los estados, si no están reconocidos por las leyes constitutivas de la Bretaña.» Nombráronse doce hidalgos para que presentasen al rey este documento, y cuando llegaron á París les encerraron en la Bastilla, de donde salieron poco despues como unos héroes, para ser recibidos á su regreso con ramos de laurel. Llevábamos en nuestro traje grandes botones de nacar, con una inscripcion latina alrededor, que decía: «Antes morir que ser deshonorados.» Triunfamos de la corte, de quien triunfaba todo el mundo, y caímos con ella en la misma sima.

Paris octubre de 1821.

MI MADRE RETIRADA EN SAINT-MALO.

En esta época fue cuando mi hermano, constante en sus proyectos, tomó el partido de poner los medios para agregarme á la órden de Malta. Para obtener esta gracia era preciso estar ordenado de prima tonsura, cuya órden podia conferirme Mr. Courtois de Pressigny, obispo de Saint-Malo. Restituíme, pues, á mi ciudad natal, adonde se habia retirado mi madre á pasar el último tercio de su vida, y en donde vivia sin tener en su compañía hijo alguno, orando por el dia en la iglesia y haciendo calceta en casa por la noche. Era distraida hasta un extremo inconcebible: una mañana la encontré en la calle, llevando debajo del brazo una de sus chinelas á guisa de devocionario. De vez en cuando solian visitarla algunos de sus antiguos amigos, y se entretenian hablando del buen tiempo. Cuando nos quedábamos solos, improvisaba cuentos en verso, que hacian mi delicia, y en uno de los cuales figuraba el diablo sacando por la chimenea á un impio; el poeta se expresaba en él en estos términos:

Le diable en l'avenue
Chemina tant et tant,
Qu'un en perdit la vue
En moins d'une heure de temps.

«El diablo caminaba tan aceleradamente, que se perdió de vista en menos de una hora.»

«Paréceme, dije yo, que para ser el diablo no andaba muy de prisa.»

Pero Mad. de Chateaubriand me probó que yo no entendia de esto una palabra: ¡era una excelente mujer mi madre!

Referíame tambien una larga lamentacion sobre la *Verdadera historia de un ánade en la ciudad de Monfort-le-Cane-les-Saint-Malo*. Cierta señor habia encerrado á una jóven dotada de gran belleza en el castillo de Monfort, con el objeto de deshonorarla. Su prision tenia una claraboya, por la cual veia la iglesia de San Nicolás, y habiendo rogado al Santo, con los ojos llenos de lágrimas, que la libertase de aquel peligro, fue trasportada fuera del castillo milagrosamente; pero por desgracia suya cayó en manos de los criados del felon, los cuales quisieron tratarla como suponian que la habia tratado su amo. La pobre jóven, que se creia perdida sin remedio, tendió la vista en torno suyo para implorar socorro, y no vió mas que unos cuantos ánades sobre el agua del estanque del castillo. En tan angustiosa situacion, volvió á rogar á San Nicolás que permitiese á aquellas aves que fuesen testigos de su inocencia, á fin de que, si llegaba á perder la vida y se veia imposibilitada por ende de cumplir los votos que habia hecho al Santo, los cumpliesen dichas aves por ella, á su modo, en su nombre y por su persona.

La jóven murió en aquel mismo año; y en la festivi-

dad de la traslacion de las reliquias de San Nicolás, que era el 9 de mayo, se presentó en la iglesia consagrada á este patrono un ánade acompañado de sus polluelos, el cual anduvo revoloteando alrededor del bienaventurado libertador, como si quisiera demostrar, batiendo sus alas, que venia á cantarle alabanzas; y despues de lo cual se volvió al estanque, dejándole en ofrenda uno de sus polluelos. Algun tiempo despues se marchó tambien este sin que nadie lo notase. Por espacio de mas de doscientos años continuó viniendo á la iglesia de San Nicolás de Monfort el mismo ánade con sus polluelos, en dia y hora fijo. Esta *verdadera historia* fue escrita é impresa en 1652. El autor sienta en ella con poco motivo, «que aun cuando un ruin ánade debe importar muy poco á los ojos de Dios: sirve, sin embargo, para rendir homenaje á su grandeza; que la cigarra de San Francisco era mucho mas ruin todavia, y que sin embargo su cántico casajoso llenaba de encantos el corazon de un serafin.» Pero Mad. de Chateaubriand seguia una tradicion falsa; segun su historia, la jóven encerrada en el castillo de Monfort era una princesa que obtuvo la merced de ser convertida en ánade para libertarse de la violencia de su vencedor. Únicamente conservo en la memoria una estrofa del romance de mi madre:

Cane la belle est devenue,
Cane la belle est devenue,
Et s'envola, par une grille,
Dans un étang plein de lentilles.

«La hermosa jóven fue convertida en ánade; se escapó volando por una claraboya, y fue á parar á un estanque lleno de lentejas.»

Paris octubre de 1821.

LA PRIMERA TONSURA.—CERCANÍAS DE SAINT-MALO.

Como Mad. de Chateaubriand era una santa mujer, obtuvo del obispo de Saint-Malo la promesa de conferirme la prima tonsura; lo cual no era una gracia asi como se quiera, si se atiende á que el buen prelado era demasiado escrupuloso, y le parecia una profanacion que tenia tendencia al pecado de simonia el conferir la primera órden elesiástica á un lego y á un militar. Mr. Courtois de Pressigny, actualmente arzobispo de Besancon y par de Francia, es un hombre honrado y de mérito. En la época á que me refiero era jóven, contaba con la proteccion de la reina, y se hallaba en camino de llegar á una fortuna, que consiguió despues por mejores medios: por el de la persecucion.

Púseme de rodillas á los piés del prelado, vestido de uniforme y ceñida la espada, para recibir la prima tonsura, y despues de cortarme unos cuantos cabellos de la parte superior de la cabeza, hizo que me espidieran mi correspondiente título. Con este documento, y asi que fuesen admitidas mis pruebas de nobleza en Malta, quedaba apto para recibir doscientas mil libras de renta: esto, que si se quiere era un abuso en el órden eclesiástico, era una cosa muy útil en el órden político de la antigua constitucion. ¿No valia mas, en efecto, que esta especie de beneficio militar se agregase á la espada de un soldado que á la sotana de un abate, el cual se comeria su gruesa prebenda paseando por las calles de París?

La prima tonsura, que me fue conferida por las razones arriba indicadas, sirvió de pretexto á algunos biógrafos mal informados para decir que mi primera vocacion fue la del estado eclesiástico.

Lo que acabo de referir sucedia en 1788. En aquella época tenia yo caballos, y me divertia en correr por la campiña ó en galopar á la orilla del mar, contemplando las olas, mis quejumbrosas y antiguas compañeras; algunas veces me apeaba en la playa y me recreaba

en verlas; toda la familia bulliciosa de Scyla saltaba á mis rodillas para acariciarme: *Nunc vada latrantis Scylæ*. He ido á remotos países para admirar las escenas de la naturaleza, y sin embargo podía haberme contentado con las que me ofrecía mi país natal.

Nada hay más delicioso que las cercanías de Saint-Malo en un radio de cinco á seis leguas. Las orillas del Rance, desde su embocadura hasta Dinan, merecen por sí solas atraer á los viajeros: en ellas se encuentran interpoladas á cada paso las rocas y los cuadros de verdura, los arenales y los bosques, los antiguos castillos de la Bretaña feudal y las quintas modernas de la Bretaña comercial. Estas fueron construidas en un tiempo en que eran tan ricos los negociantes de Saint-Malo, que en sus días de regocijo despilfarraban las piastras, arrojándoselas al pueblo por la ventana. Todas aquellas habitaciones son del mayor lujo. Bonabaut, castillo de los señores de Lasandre, está construido casi todo con mármol traído de Génova; magnificencia de la cual apenas se tiene una idea en París. La Brillantais, el Beau, el Mont-Marin, la Ballue y Colombier tenían jardines llenos de naranjos y adornados con estatuas y magníficas fuentes, los cuales descienden en declive en algunos puntos, formando pórticos de tilos y columnatas de pinos hasta una alfombrada pradera. La mar ofrece también á la vista por encima de las tapias de un parterre sus embarcaciones, sus calmas y sus tempestades.

Todos los campesinos poseen una casita blanca con su correspondiente jardín; entre las flores, plantas y arbustos que cuentan en él, figuran los groselleros, los rosales y las siemprevivas, y en algunos se hallan también tal cual planta de té de Eguvena ó de tabaco Virginia, alguna flor de la China, y otros varios recuerdos, en fin, de otros climas y de otros suelos. Los terratenientes de la costa son de una raza normanda: las mujeres son altas, delgadas, ágiles, y visten jubones de lana parda, falda corta de algodón ó de seda rayada, y medias blancas con cuadros azules. En la cabeza suelen llevar una especie de cofieta de punto ó de batista. Todas las mañanas, en la primavera, se ve bajar en sus barcas á estas hijas del Norte, las cuales parece que van á invadir el país cuando llevan al mercado sus cestas llenas de fruta y sus limpios quesos y cuajadas; cuando se las ve sosteniendo con una mano en la cabeza vasijas negras llenas de leche ó canastillos de flores; cuando se ve el contraste que forman sus blancas tocas con sus ojos azules, su sonrosado semblante y sus blondos cabellos cubiertos con perlas de rocío, se diría que las Valkyrias del Edda, la más joven de las cuales es el *Porvenir*, ó las Cenephoras de Atenas, no tenían tanta gracia. ¿Es parecido este cuadro que acabo de bosquejar al que ofrece en el día aquel país? Aquellas mujeres ya no existen más que en mis recuerdos.

París octubre de 1821.

EL APARECIDO.—LA ENFERMEDAD.

Despedime de mi madre para ir á ver á mis hermanos mayores, que vivían en las cercanías de Tongéres, y permanecí un mes en la posesión de Mad. de Chateaubourg. Sus dos casas de campo, Lascardais y el Plessis, situadas á las inmediaciones de Saint-Aubin-du-Cormier, célebre por su torre y su batalla, se hallaban rodeadas de peñascos, de bosques y de arenales. El mayordomo de mi hermana era un tal Mr. Sivoret, que había sido jesuita en otro tiempo, y al cual le sucedió una extraña aventura.

Quando fue nombrado mayordomo de Lascardais, acababa de morir el conde de Chateaubourg, padre de Mr. Sivoret, que no le había conocido, quedó insta-

lado de guardian del castillo. La primera noche que durmió solo en él vió entrar en su habitación á un anciano pálido, con bata, gorro de noche, y con una pequeña bugía en la mano. La aparición se acercó al hogar, y dejando la luz sobre la chimenea, se puso á atizar el fuego, y se sentó en seguida en un sillón. Mr. Sivoret estaba temblando de pies á cabeza; y después de dos horas de sepulcral silencio, se levantó el anciano, volvió á coger su luz, y salió del cuarto, cerrando tras sí la puerta.

El mayordomo refirió su aventura á la mañana siguiente á los colonos, los cuales afirmaron, por la descripción que Mr. Sivoret les hizo del aparecido, que era su antiguo amo. Pero no fue esto solo: si Mr. Sivoret salía al bosque y volvía la vista atrás, se encontraba con el fantasma; si tenía que atravesar en el campo algún vallado de espinos ó de retama, veía á la sombra á caballo sobre él mismo. Habiéndose atrevido un día el pobre perseguido á decirle:—«Dejadme, caballero de Chateaubourg;» el aparecido le respondió lacónicamente:—«No.» Mr. Sivoret, hombre indiferente y positivo, y cuya imaginación además no era de las más brillantes, contaba su historia tantas cuantas veces se le decía que la contase, y siempre del mismo modo y con el mismo acento de convicción.

Algún tiempo después hice un viaje á Normandía con un oficial de los más bizarros, el cual padecía de una fiebre cerebral, y nos alojamos en casa de un pechero. Nuestras camas estaban separadas únicamente por un viejo tapiz que había prestado á este el señor de la aldea. Detrás de aquel tapiz sangraba al paciente, y para quitarle los dolores lo metían en un baño de agua de nieve: el infeliz daba diente con diente cuando se hallaba en aquella tortura, se le ponían amoratadas las uñas, se le contraía el semblante, rechinaban sus dientes, y se le caía el pelo de la cabeza y de su larga y puntiaguda barba, único abrigo que caía sobre su desnudo, flaco y mojado pecho.

Quando la enfermedad afluía un poco, abría un paraguas, creyendo que iba á estar debajo de él al abrigo de sus dolencias: si este remedio fuera seguro, preciso sería erigir una estatua al autor de tan importante descubrimiento.

Los únicos buenos instantes que pasaba eran aquellos en que iba á pasearme al cementerio de la iglesia de la aldea, el cual está situado en una pequeña altura. Los muertos, los pájaros y el sol, que iba llegando ya á su ocaso, eran mis únicos compañeros. Allí me entregaba á ilusorios sueños sobre la sociedad de París, sobre mis primeros años, sobre mi fantasma y sobre los bosques de Combourg, de los cuales me hallaba tan próximo por el espacio y tan distante por el tiempo, y después me volvía á casa á cuidar á mi pobre enfermo; era un ciego conduciendo á otro ciego.

¡Ay! un golpe, una caída, una pena moral, pudieran haber arrebatado su genio á Homero, á Newton y á Bossuet, y aquellos hombres divinos, en vez de excitar una piedad profunda y un sentimiento amargo y eterno, hubieran sido quizás objeto de burla. He conocido y amado á muchas personas, cuya razón se ha extraviado al lado mio como si llevara yo el germen del contagio. No acierto á explicarme el cruel buen humor que respira la obra maestra de Cervantes, sino por medio de una reflexión triste: considerado el hombre de una manera absoluta y pensando detenidamente en el bien y el mal, casi le darían á uno tentaciones de desear cualquier accidente que condujera al olvido, como un medio de libertarse de sí mismo: un borracho alegre es una criatura feliz. A no ser por la religión, sería una felicidad el ignorarse á sí mismo y el llegar á la muerte sin haber sentido la vida.

Quando regresamos de Normandía, conseguí traer á mi compatriota perfectamente curado.

París octubre de 1821.

ESTADOS DE BRETAÑA EN 1789.—INSURRECCION.—MUERTE DE SAINT-RIVEUL, MI COMPAÑERO DE COLEGIO.

Mad. Lucila y Mad. de Tarcy, que me habían acompañado en mi viaje á Bretaña, manifestaron deseos de regresar á París; pero yo tuve precisión de quedarme, por la situación turbulenta de la provincia. Los Estados se hallaban convocados para fin de diciembre (1788). La municipalidad de Rennes, y á su ejemplo las demás municipalidades de Bretaña, acordaron prohibir á sus respectivos diputados el que se ocupasen de ningún otro asunto hasta tanto quedase enteramente arreglada la cuestión de las pechas de *fogage*.

El conde de Boisgelin, que debía presidir el orden de la nobleza, se apresuró á llegar á Rennes, y en seguida se pasaron oficios convocando á todos los nobles incluso aquellos que eran, como yo, demasiado jóvenes para tener voto deliberativo. Podíamos ser atacados de un momento á otro; y como había tanta necesidad de brazos como de votos, todos acudimos á nuestro puesto.

Antes de la apertura de los Estados hubo una porción de reuniones preparatorias en casa de Mr. de Boisgelin. Todas aquellas escenas ruidosas que ya había yo presenciado volvieron á renovarse. El caballero de Guer, el marqués de Tremargat y mi tío el conde de Bedée, á quien llamaban *Bedée el de la alcachofa*, á causa de su inmensa gordura, en contraposición de otro Bedée, flaco y larguirucho, á quien llamaban el *espárrago*, rompieron una porción de sillas, encaramándose para perorar. El marqués de Tremargat, oficial de marina, que tenía una pierna de palo, acarrea algunos amigos á su partido: cierto día que se hablaba de establecer una escuela militar para educar en ella á los hijos de la nobleza pobre, exclamó un individuo del estado llano:—«¿Y para los nuestros?—Para los vuestros el hospital,» respondió Tremargat: palabra de la cual se apoderó el pueblo, y que produjo sus frutos.

En estas reuniones descubrí una nueva cualidad de mi carácter, que he vuelto á encontrar después en la política y en el ejército: cuanto más se acaloraban mis colegas ó mis camaradas; tanto más frío me iba yo quedando, y veía brotar fuego en la tribuna ó aplicar la mecha á un cañon con la mayor indiferencia: jamás he tenido miedo, ni á las palabras ni á las balas.

El resultado de nuestra deliberación fue que la nobleza trataría primero de los asuntos generales, y no pasaría á ocuparse de las pechas sino después de terminar todas las cuestiones: resolución diametralmente opuesta á la que había adoptado el estado llano. Los nobles no tenían gran confianza en el clero, el cual solía abandonarlos con frecuencia, principalmente cuando lo presidía el obispo de Rennes, personaje muy comedido, que hablaba con un ligero ceceo, que no carecía de cierta gracia, y gozaba de algún prestigio en la corte. Un periódico, titulado el *Centinela del Pueblo*, que redactaba en Rennes un aprendiz de escritor que había venido exprofeso de París, fomentaba los odios.

Los Estados se reunieron en el convento de los dominicos, situado en la plaza de Palacio. Entramos en el salón de sesiones con la disposición de ánimo que acaba de ver el lector, y apenas nos habíamos constituido, cuando principió á asediarnos el pueblo. Los días 25, 26, 27 y 28 de enero de 1789 fueron para nosotros días muy aciagos. El conde de Thiard tenía muy pocas tropas, y como era un jefe de carácter indeciso y falto de energía, no hacía más que ir de un

lado para otro, sin hacer nada. La escuela de jurisprudencia de Rennes, á cuya cabeza iba Moreau, pidió auxilio á los jóvenes de Nantes, cuatrocientos de los cuales entraron en la ciudad, sin que pudiera impedirselo el gobernador con ruegos y amenazas. Las reuniones, en diferente sentido, habían llegado á ser unas colisiones sangrientas.

Cansados al fin de vernos bloqueados en nuestro salón, tomamos la resolución de salir fuera, espada en mano, lo cual ofrecía un espectáculo magnífico. A una señal del presidente desenvainamos todos á la vez las espadas, y como una guarnición exhausta de víveres, hicimos, al grito de *viva la Bretaña!* una furiosa salida, decididos á hollar con los pies á los sitiadores. El pueblo nos recibió á silbidos y á pedradas, y empezó á descargar sobre nosotros sendos palos y algunos tiros de pistola. Por nuestra parte abrimos una gran brecha en las masas que se aglomeraban sobre nosotros. La mayor parte de los nobles salieron heridos, y muchos de ellos quedaron confusos y completamente estropeados. Cuando á fuerza de mil trabajos y sudores conseguimos vernos libres, cada cual se fué á su casa.

Entre los nobles, los estudiantes de jurisprudencia y sus amigos de Nantes hubo una porción de desafíos. Uno de estos duelos tuvo lugar en la Plaza Real, á presencia de todo el mundo: la victoria se decidió á favor del viejo Keralieu, oficial de marina, que fue atacado por su adversario, y el cual se defendió con una energía que mereció los aplausos de sus mismos enemigos.

En otro grupo estaban el conde de Montboucher y un estudiante, llamado Ulliacs, á quien dijo el primero en medio del combate:—«Esta cuestión debemos ventilarla nosotros, caballero.» Formóse al punto un círculo en torno de ambos, y habiendo hecho saltar Montboucher la espada de su contrario, se la devolvió en seguida, y después de abrazarse cordialmente, se dispersó el grupo.

La nobleza de Bretaña no sucumbió al menos sin honra: se negó abiertamente á enviar sus diputados á los estados generales, porque no había sido convocada según las leyes fundamentales de la constitución de la provincia; poco tiempo después fué á reunirse en gran número con los ejércitos de los príncipes, y se dejó diezmar con Condé ó con Charette en las guerras vandeanas. ¿Hubiera introducido algún cambio la nobleza bretona en la Asamblea Nacional si hubiera llegado el caso de asistir á ella? No es lo probable: en las grandes transformaciones sociales, la resistencia individual, muy digna de elogio si se quiere, es impotente contra los hechos. Con todo, no se puede calcular lo que hubiera podido producir un hombre del genio de Mirabeau, pero de opuestas opiniones, si hubiese existido en el orden de la nobleza bretona.

El joven Boishue y Saint-Riveul, mi compañero de colegio, habían perecido antes de estas escaramuzas al dirigirse á la cámara de la nobleza: en vano fue defendido el primero por su padre, el cual presencié su muerte.

Véome precisado, lector, á detenerte, para que veas correr las primeras gotas de sangre que debía derramar la revolución. El cielo quiso que saliesen de las venas de un compañero de mi infancia. En el supuesto de que hubiera sucumbido yo en lugar de Saint-Riveul, se hubiera dicho de mí, sin más alteración que la del nombre, lo mismo que se dijo de la primera víctima que dió principio á la gran inmolación: «Un noble, llamado *Chateaubriand*, fue muerto al dirigirse al salón de los Estados.» Estas dos palabras hubieran reemplazado mi larga historia. ¿Hubiera representado Saint-Riveul el mismo papel que yo sobre la tierra? ¿Estaba destinado á la oscuridad ó al brillo de la fama?

Ahora, lector, ya puedes pasar adelante: atraviesa

el río de sangre que separó para siempre el viejo mundo, del que acabas de salir, del mundo nuevo, á cuya entrada te sorprenderá la muerte.

Paris octubre de 1824.

AÑO DE 1789.—VIAJE DE BRETAÑA A PARÍS.—MOVIMIENTO SOBRE PARÍS.—ASPECTO DEL MISMO.—VUELTA DE MR. NECKER.—VERSALLES.—REGOCIO DE LA FAMILIA REAL.—INSURRECCION GENERAL.—TOMA DE LA BASTILLA.

El año de 1789, tan famoso en nuestra historia y en la historia de la especie humana, me cogió en los arenales incultos de mi país natal; no habiendo podido dejar la provincia sino demasiado tarde, llegué á Paris despues del saqueo de la casa Rebeillon, la aper-



VERSALLES.

abandonaban sus mostradores y salian á cazar noticias para volver á contarlas luego á la puerta de sus tiendas; los alborotadores se aglomeraban en la plaza del real palacio; Camilo Desmoulin principiaba á distinguirse entre los grupos.

Casi en el instante mismo en que nos apeamos madama de Tarcy, Mad. Lucila y yo en una fonda de la

tura de los estados generales, la constitucion del estado llano en asamblea general, el juramento del Juego de pelota, la sesion real del 23 de junio y la incorporacion del clero y la nobleza al estado llano.

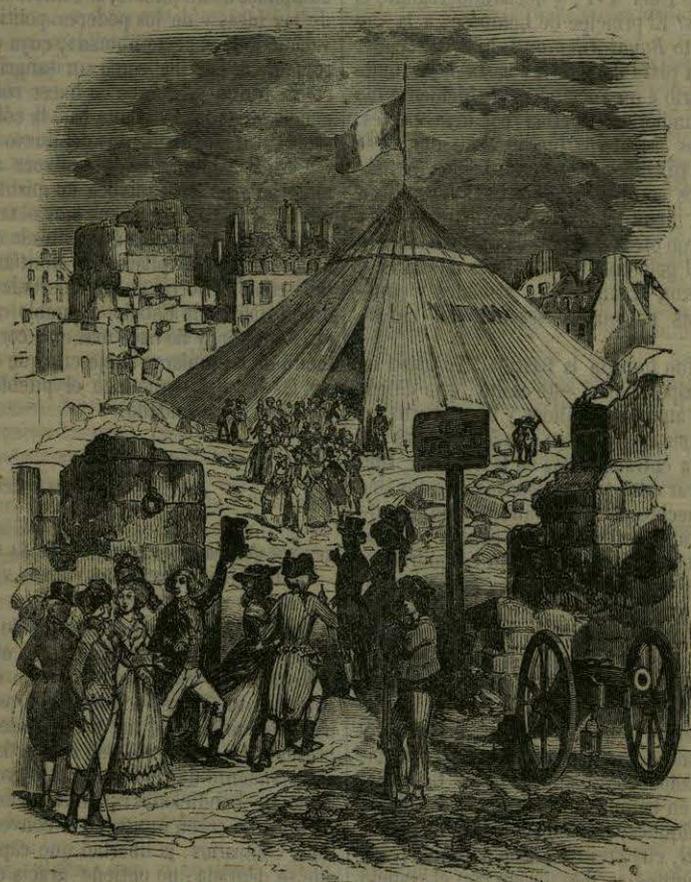
En todos los pueblos de mi tránsito reinaba la mayor agitacion: los lugareños detenian los carruages en las aldeas, pedian los pasaportes, é interrogaban á los viajeros. El movimiento y la agitacion iban siendo mayores á medida que se iba aproximando á la capital. Al pasar por Versalles vi acuarteladas las tropas en los jardines, llenas las plazas de trenes de artillería, la sala provisional de la asamblea nacional situada en la plazuela de palacio, y á los diputados que iban y venian de un lado á otro mezclados con los curiosos, los soldados y la real servidumbre.

Las calles de Paris estaban atestadas de inmensas turbas que se agolpaban á las puertas de los panaderos, los transeuntes se reunian alrededor de los guardacantones, y pronunciaban discursos; los tenderos

calle de Richelieu, estalló una insurreccion: el pueblo se dirigió en tropel á la Abadía para poner en libertad algunos guardias arrestados por sus gefes. Los oficiales del cuadro de un regimiento de artillería, que estaba acuartelado en los Inválidos, se unieron al pueblo. Aquel día principió la defeccion en el ejército.

La corte, dispuesta á ceder unas veces y á resistir otras, tenaz y débil al mismo tiempo, y manifestando tan pronto miedo como valor, se dejó burlar por Mirabou, el cual pidió el alejamiento de las tropas y no consintió en que se alejasen; aceptó la afrenta, y no destruyó la causa. Habiendo corrido la voz en Paris de que venia un ejército por el sumidero de Montmartre, y de que los dragones iban á forzar las barreras, se excitó al pueblo á que desempedrará las calles

y á que subiera las piedras hasta los quintos pisos, para arrojarlas despues sobre los satélites del tirano: los parisienses pusieron al momento manos á la obra. En medio de aquel trastorno recibió Necker la orden de retirarse. El nuevo ministerio se componia de MM. de Breteuil, de Galaisiere, del mariscal de Broglie, de la Vauguyon, de Laporte y de Foulon, los cuales reemplazaban á MM. Montmorin, de La Lucerne, de Saint-Priest y de Nivernais.



BALLE NACIONAL EN LAS RUINAS DE LA BASTILLA.

Un poeta breton, que hacia muy poco tiempo que se habia dado á luz, me suplicó que lo llevase á Versalles. Hay gentes que tienen humor de visitar los jardines y las fuentes de artificio en medio del trastorno de los imperios; los emborradores de papel son los que mas especialmente adolecen de este achaque y los que tienen la facultad de entregarse á su mania durante los mas graves acontecimientos; su frase ó su estrofa es lo unico que les llama la atencion.

Decidime á llevar á mi Pindaro á la hora de misa á la galería de Versalles. El Ojo de Buy estaba radiante: la vuelta de Mr. Necker habia exaltado los ánimos; creíase segura la victoria, y Sanson y Simon, confundidos entre las masas, eran quizá espectadores del regocijo de la familia real.

La reina pasó con sus dos hijos, cuyas blondas ca-

belleras parecian reclamar una corona: la señora duquesa de Angulema, de edad entonces de once años, atraia las miradas de todos por su virginal orgullo: hermosa con la nobleza del rango y la inocencia de la juventud, parecia que iba diciendo, como la flor de naranjo en la guirnalda de Julia, de Corneille:

J' ai la pompe de ma naissance.

El delfin caminaba bajo la proteccion de su hermana, y Mr. Du Touchet iba detrás de su discípulo, el cual me reconoció y llamó hácia mí la atencion de la reina. S. M. me miró sonriéndose, y me saludó de la graciosa manera que lo habia hecho el día de mi presentacion. Jamás olvidaré aquella mirada que debia extinguirse tan pronto.

María Antonieta dibujó tan perfectamente al sonreirse la forma de su boca, que el recuerdo de aque-

lla sonrisa (cosa horrible!) me hizo reconocer la quijada de la hija de los reyes en las exhumaciones de 1815.

El eco del golpe dado en Versalles retumbó en París. A mi regreso volví piés atrás al ver á la multitud que llevaba los bustos de Mr. Necker y del duque de Orleans, cubiertos con crespones; gritábase: ¡Viva Necker! ¡Viva el duque de Orleans! Y entre estas vivas se oía de vez en cuando otro mas avanzado é imprevisto: ¡Viva Luis XVII! ¡Victoreábase á aquel mismo niño cuyo nombre no se hallaría en la inscripción fúnebre de su familia si yo no lo hubiese recordado en la cámara de los Pares! ¿Qué hubiera sucedido si Luis XVII hubiera sido colocado en el trono por abdicacion de Luis XVI, y declarado regente el duque de Orleans? El príncipe de Lambesc, á la cabeza del regimiento *Royal-Allemand*, hizo retroceder al pueblo desde la plaza de Luis XV hasta el jardín de las Tullerías, é hirió á un anciano; este incidente dió ocasion á que cundiera la alarma por todas partes. Los talleres de los espaderos fueron asaltados, y se extrajeron de los inválidos treinta mil fusiles. Armáronse los paisanos con picas, garrotes, horquillas, sables y pistolas, mientras unos saqueaban á Saint-Lazare, incendiaron otros las murallas. Apoderáronse de las riendas del gobierno los electores de París, y en una noche fueron organizados, armados y equipados de guardias nacionales sesenta mil ciudadanos.

El 14 de julio fue tomada la Bastilla. Yo asistí en calidad de mero espectador á este asalto, que defendían únicamente algunos inválidos y un gobernador tímido. Si las puertas hubiesen estado cerradas, el pueblo no hubiera entrado jamás en la fortaleza. Únicamente ví disparar dos ó tres cañonazos, y estos disparos no fueron hechos por los inválidos, sino por algunos guardias franceses que habian subido ya á los torreones. De Saunay fue sacado de su escondrijo, y despues de haber sufrido mil ultrajes, le aporrearon en las gradas del *hotel de Ville*; el síndico del comercio Flesellés fue herido en la cabeza de un pistoletazo: tal era el espectáculo que halaban tan agradable los hipócritas sin corazon. En medio de aquellos asesinatos, el pueblo se entregaba á la orgía, como lo hizo en las turbulencias de Roma en tiempo de Othon y de Vitelio. Los vencedores de la Bastilla, borrachos felices, proclamados conquistadores en tabernas, fueron paseados en triunfo por las calles y las plazas en carruajes de alquiler; escoltábanlos las prostitutas y los *sans-culottes*, cuyo reinado daba entonces principio. Los transeúntes se descubrian con el respeto que infunde el miedo ante aquellos héroes, algunos de los cuales murieron de fatiga en medio de su triunfo.

Multiplicáronse las llaves de la Bastilla, y se remitiéron á todos los fatuos de importancia de las cuatro partes del mundo. ¡Cuántas veces he desperdiciado mi fortuna! Si en aquella época en que representé el papel de espectador, me hubiera inscrito en el registro de los vencedores, en el día tendria una pension.

Los peritos acudieron presurosos á hacer la autopsia de la Bastilla. Estableciéronse cafés provisionales en algunas tiendas de campaña, y la concurrencia se aglomeraba allí como en la feria de Saint-Germain ó de Longchamp: veíanse desfilar ó detenerse una infinidad de carruajes al pié de las torres, desde las cuales les lanzaban enormes piedras entre inmensos torbellinos de polvo. Entre los obreros medio desnudos que demolian las murallas, con aplauso de la muchedumbre, habia algunas mujeres bien vestidas y algunos jóvenes elegantes. Presenciaban ademas este espectáculo los oradores de mas fama, los literatos mas conocidos, los pintores mas célebres, los actores y actrices de mas reputacion, las bailaranas que se

hallaban mas en boga, los extranjeros mas ilustres, los señores de la córte y los embajadores de Europa: la Francia antigua habia acudido para presenciar su fin: la moderna para empezar su existencia.

Ningun suceso, por odioso ó miserable que sea en sí mismo, debe ser tratado con ligereza cuando es grave por las circunstancias y llega á formar época; lo que debió llamar la atencion en la toma de la Bastilla (y esto no se tuvo presente entonces), no era precisamente el acto violento de la emancipacion del pueblo, sino la emancipacion misma, que fue el resultado de este acto.

Admiróse lo que debía condenarse; es decir, el accidente, y nadie buscó en el porvenir los destinos cumplidos de un pueblo, el cambio de las costumbres, de las ideas y de los poderes políticos, y una renovacion de la especie humana, cuya era inauguraba la toma de la Bastilla como un sangriento jubileo. La cólera brutal se cebaba en hacer ruinas, y la inteligencia, escudada y oculta bajo la cólera, fundaba con estas ruinas los cimientos del nuevo edificio.

Pero la nacion, que se equivoca acerca del hecho material, no se equivoca lo mismo sobre el hecho moral: la Bastilla era á sus ojos el trofeo de la esclavitud, y al verla situada á la entrada de París, al frente de los diez y seis pilares de Montfaucon, la consideraba como la horea de sus libertades (1). Al derruir una fortaleza de Estado, el pueblo cree que sacude el yugo militar, y no hace mas que contraer un empeño tácito de reemplazar el ejército que disuelve: sabidos son los prodigios que hizo el pueblo cuando llegó á convertirse en soldado.

Paris noviembre de 1821.

EFFECTO QUE PRODUJO EN LA CÔRTE LA TOMA DE LA BASTILLA.—LAS CABEZAS DE FOULON Y DE BERTHIER.

Despertando Versalles al ruido de los escombros de la Bastilla, y considerándolo como el ruido precursor de la caída del trono, habia pasado de la jactancia al abatimiento. El rey acudió presuroso á la asamblea nacional; pronunció un discurso desde la silla de la presidencia; manifestó que estaba dada la orden para el alejamiento de las tropas, y regresó á palacio llamado de bendiciones: ¡demostraciones inútiles! Los partidos no creen nunca en la conversion de los partidos contrarios: la libertad que capitula, ó el poder que se degrada, no obtiene gracia de sus enemigos.

Ochenta diputados partieron de Versalles para anunciar la paz á la capital; este fausto acontecimiento fue celebrado con iluminaciones. Mr. Bailly fue nombrado *maire* de París, y Mr. de Lafayette comandante de la guardia nacional: no he conocido mas respetable sabiduría que la que saca el pobre de sus desgracias. Las revoluciones tienen hombres para todos sus períodos; unos las siguen hasta el fin, y otros las empujezan, pero no las acaban.

La dispersion fue general; los cortesanos partieron para Basilea, Lausanne, Luxemburgo y Bruselas. Madama de Polignac encontró en su fuga á Mr. Necker que regresaba. El conde de Artois, sus hijos y los tres Condés, emigraron tambien, llevando en pos de sí el alto clero y una parte de la nobleza. Los oficiales amenazados á todas horas por sus insurrectos soldados, cedieron al torrente que los impelia á abandonar sus filas. Luis XVI quedó solo ante la nacion con sus dos hijos y algunas damas; la reina, *Mesdames* (las infantas) y Mad. Isabel. *Monsieur* (hermano segundo

(1) Hace cincuenta y dos años que se están edificando quince Bastillas para oprimir aquella libertad, en cuyo nombre fue derribada la primera. (Paris, nota de 1847).

del rey), que se quedó hasta la evasion de Versalles, no era tampoco de gran utilidad para su hermano: la revolucion desconfiaba de él, á pesar de que habia decidido en cierto modo la suerte de la revolucion, opinando en la asamblea de los notables por el voto individual; por otra parte, no profesaba al rey una gran estimacion, comprendia muy mal á la reina, y el afecto de ambos esposos hácia él era bastante frio.

Luis XVI llegó el 17 al *hotel de Ville*, y fue recibido por cien mil hombres armados como los frailes de la Liga. Arengáronle, vertiendo lágrimas, MM. Bailly, Moreau de Saint-Mery y Lally-Toledan. El rey se enterneció tambien á su vez, y se puso en el sombrero una enorme escarapela tricolor; esto le valió ser declarado allí mismo *hombre honrado, padre de los franceses y rey de un pueblo libre* que se preparaba, en virtud de su libertad, á derribar la cabeza del hombre honrado, de su padre y de su rey.

Pocos dias despues de esta reconciliacion hallábamelo en los balcones de mi posada con mis hermanas y algunos bretones, cuando oimos gritar: «¡Cerrad las puertas, cerrad las puertas!» Un grupo de descamisados venia corriendo por uno de los extremos de la calle; en el centro del mismo se elevaban dos estandartes que no distinguimos bien desde lejos. Asi que fueron acercándose hácia nosotros, vimos que eran dos cabezas desgredadas y desfiguradas horriblemente, que los predecesores de Marat llevaban en las puntas de dos picas: aquellas cabezas eran las de MM. Foulon y Berthier. Todos, excepto yo, se retiraron de los balcones. Los asesinos se pararon en frente de mí y alargaron las picas, cantando, saltando y dando brincos para aproximarse á mi cara aquellas pálidas efigies. El ojo de una de las cabezas, que lo habian hecho saltar de su órbita, caía sobre el oscuro semblante del cadáver; la pica atravesaba por la abierta boca, cuyos dientes mordian el hierro. «¡Miserables! exclamé yo, no siéndome posible reprimir mi indignacion: ¿es así como entendéis la libertad?» Si en aquel instante hubiera tenido un fusil, lo hubiera disparado sobre aquellos miserables como sobre una manada de lobos. Los amotinados dieron bramidos de coraje, y trataron de derribar á golpes las puertas cocheras para subir por mi cabeza y reunirla con la de sus victimas. Mis hermanas se pusieron malas, y los cobardes de la fonda me abrumaron á reconvencciones. Los asesinos, en cuya persecucion venia fuerza armada, no tuvieron tiempo de invadir la casa, y se alejaron.

Aquellas cabezas, y otras que vi en igual estado muy poco despues, cambiaron mis disposiciones políticas; cobré un horror profundo á los festines de aquellos canibales, y empezó á germinar en mi espíritu la idea de abandonar la Francia y de dirigirme á cualquier país lejano.

Paris noviembre de 1821.

VUELVE Á SER LLAMADO MR. NECKER.—SESION DEL 11 DE AGOSTO DE 1789.—JORNADA DEL 5 DE OCTUBRE.—CONDUCCION DEL REY Á PARIS.

Mr. Necker, tercer sucesor de Turgot, despues de Calonne y Taboureaux, y el cual fue llamado por segunda vez al ministerio el 23 de julio, y recibido con festejos y aclamaciones, se vió al poco tiempo precipitado por los sucesos, y perdió su popularidad. No dejaba de ser una de las cosas singulares de aquella época el que un personaje tan grave hubiese sido elevado al puesto de ministro por los manejos de un hombre tan adocenado y tan ligero como el marqués de Peray. El *rendimiento de cuentas* que hizo que se sustituyese en Francia el sistema de empréstitos al

de contribuciones, removi6 las ideas en tales términos, que hasta las mujeres discutian acerca de los ingresos y de los gastos; veíase por la vez primera, ó se creía ver alguna cosa en la máquina de números. Aquellos cálculos, pintados de un color á lo Thomas, habian sido la base de la reputacion del director general de hacienda. Hábil tenedor de caja, pero economista sin recursos; escritor noble, pero engreído; y hombre honrado, aunque sin virtud alguna elevada, el banquero venia á ser uno de aquellos antiguos personajes que se presentaban en el escenario á explicar al público la obra que iba á representarse, y que desaparecian al levantar el telon. Mr. Necker es el padre de Mad. Stael: su vanidad le impedia conocer que su verdadero titulo para la posteridad era la gloria de su hija.

La monarquía fue demolida, como la Bastilla, en la sesion de la Asamblea nacional de la tarde del 4 de agosto. Los que, llevados de su odio á lo pasado, declaman en la actualidad contra la nobleza, olvidan sin duda que un individuo de su seno, el vizconde de Noailles, secundado por el duque de Aiguillon y por Mathieu de Montmorency, fue quien derribó el edificio que era objeto de las prevenciones revolucionarias. En virtud de la proposicion del diputado feudal, fueron abolidos los derechos feudales, los de caza, palomar y vivero, los diezmos, los privilegios de las órdenes, ciudades y provincias, las servidumbres personales, los señoríos de justicia y la venta de los oficios. Los golpes mas violentos que recibió la antigua constitucion del Estado procedian de los nobles. Los patricios empezaron la revolucion, y los plebeyos la acabaron: la vieja Francia debió su gloria á la nobleza francesa; la Francia moderna le debe su libertad, dado caso que exista libertad para la Francia.

Las tropas, acantonadas en las cercanías de París, recibieron orden de retirarse, y por uno de esos consejos contradictorios que hacian fluctuar la voluntad del rey, fue llamado á Versalles el regimiento de Flandes. Los guardias de corps dieron un banquete á la oficialidad del mismo, en el cual se enardecieron las cabezas algun tanto; la reina se presentó á mitad de la comida con el delfin, y hubo abundancia de brindis á la salud de la familia real: el rey asistió tambien, y la música militar tocó la cancion entusiasta y favorita: ¡Oh Richard, oh mon roi! Cuando llegó á París la noticia de este banquete, los de opinion opuesta se apoderaron de ella con una avidéz extraordinaria: esparcióse la voz de que Luis rehúsaba su sancion á la declaracion de los derechos para escarpase á Metz con el conde de Estaing. Marat, que redactaba ya en aquella época *El Amigo del pueblo*, fue el propagador de estos rumores.

Llegó el 5 de octubre. Yo no fui testigo de los sucesos de aquella jornada. La relacion de lo acaecido en ella se supo en la capital en la madrugada del 6, y nos anunciaron al mismo tiempo que el rey venia á París. Todo lo que yo tenia de tímido en los salones, tenia de audaz y osado en las plazas públicas: creíame nacido para la soledad ó para el *forum*. Dirigime á los Campos-Eliseos, y lo primero que se ofreció á mi vista fueron los cañones, sobre los cuales venian montadas á horcajadas algunas harpias, ladronas y prostitutas, diciendo obscenidades, y haciendo los gestos mas inmundos. En seguida, y en medio de una borda compuesta de gentes de ambos sexos y de todas edades, caminaban á pié los guardias de corps, los cuales se vieron precisados á cambiar con los guardias nacionales sus sombreros, espadas y tahalies: cada uno de sus caballos traía encima á dos ó tres verduleras, asquerosas bacanales, que venian borrachas y con los pechos al aire. Detrás de los guardias iba la diputacion de la Asamblea nacional, y luego seguian los carruajes del rey, que rodaban por la oscuridad polvorosa de un bosque de picas y bayonetas. A las portezuelas del